

LA PALABRA SE HIZO LITERATURA

Ianire Angulo Ordorika

Sal Terrae, 113 (2025) 777-789

En 2024 el Papa Francisco escribió una carta sobre el rol que la literatura jugaba en la formación para el ministerio ordenado. La propuesta que el Pontífice hacía en ese texto era aplicable a toda formación cristiana, no solo a la sacerdotal. Siguiendo algunas de las ideas de esa carta papal, vamos a ahondar en la necesidad de recuperar la dimensión literaria de la Escritura y en las consecuencias pastorales que se derivarían de ello.

Si a cualquiera de nosotros se nos preguntara por los elementos clave a la hora de proyectar la educación de los futuros ministros ordenados, es muy probable que coincidiéramos en ciertas líneas esenciales, pero no lo es tanto que hubiera una concordancia en la jerarquización de estas ni en la manera de concretarse. Quizá habría acuerdo en la necesidad de una teología sólida, de una profunda relación con Dios, de una sana integración afectiva o de una apasionada entrega pastoral, pero con probabilidad no pensaríamos en la literatura, cosa que sí hizo el Papa Francisco. Su escrito sobre el rol que juega en la formación sacerdotal resultó inesperado y, además, ampliable a todos los agentes de pastoral, como él mismo hizo.

Si la literatura es formativa en sí, tal y como proponía el Pontífice, cuánto más lo será asomarnos a la Escritura desde su carácter literario.

“Jamás un Cristo sin carne”

Uno de los epígrafes de la carta de Francisco sobre la literatura en la formación recoge esta expresión que, a su vez, remite a *Evangelii Gaudium* 89. Esta exhortación apostólica fue el primer documento magisterial extenso del Pontífice, y también su texto

programático. Ese número alertaba de la tendencia actual a saciar la nostalgia de Dios en «propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro». A partir de esta consideración sobre el mundo actual, el Papa alegaba la necesidad de «encontrarse con un Jesucristo hecho carne, hecho hombre, hecho historia» y cómo la literatura es una vía privilegiada para no dejar a un lado la humanidad del Señor con todo lo que ello implica.

Esta relación entre la encarnación del Hijo y la de la Palabra no resulta extraña. El prólogo joánico afirma que «la Palabra se hizo carne» (Jn 1,14) y esta frase puede emplearse de manera similar para presentar la dinámica encarnatoria que es intrínseca a la Escritura. La consideración cristiana nos dice que la Palabra de Dios llega a nosotros a través de palabras humanas, con todos los límites y posibilidades que eso implica.

La tradición judeocristiana no comprende que el Señor se comunique con la humanidad de manera desencarnada. Él se autolimita diciéndose a sí mismo a través de la capacidad humana de expresión y, en la medida en que adquiere forma escrita, Dios se revela a través de la literatura. El Espíritu Santo inspiró a personas concretas, con sus destrezas y sus torpezas lingüísticas. De ahí que encontremos textos de muy diversa calidad literaria, sin que ello afecte a su condición de texto inspirado.

Esta calidad literaria tan variada es una muestra más de esa heterogeneidad y diacronía que campan a sus anchas entre las páginas de la Escritura. Los textos bíblicos concentran en sí una pluralidad de culturas, épocas e incluso teologías. El lenguaje y los géneros literarios son esa «carne» en la que la Palabra llega a nosotros.

Junto al modo de expresión, otra «carne» que abraza la Palabra de Dios para llegar hasta nosotros es el contexto literario en su totalidad. El modo estrictamente litúrgico por el que hemos accedido a la Biblia, al menos en el mundo católico, ha desencarnado el texto, desprendiéndolo de su contexto literario y haciéndonos perder visión de conjunto.

Recuperar la dimensión literaria de la Escritura implica prescindir de lecturas fragmentarias y optar por enmarcar cada pasaje dentro de su contexto literario inmediato y de la totalidad del libro.

Un último aspecto consiste en que este proceso encarnatorio se produce para toda la humanidad, también para aquellos que no son creyentes.

Como ya apuntaba hace años la Pontificia Comisión Bíblica, son varios los métodos y acercamientos que se inspiran y aplican estudios procedentes de la filología y de la literatura a la hora de interpretar la Escritura. Recursos que hemos integrado con normalidad en el estudio bíblico han llegado a nosotros gracias a que la Palabra se ha hecho literatura y, por ello, puede ser estudiada recurriendo a herramientas y métodos propios de su condición literaria.

Ver a través de los ojos de los demás y escuchar la voz de alguien

Francisco plantea cómo «leyendo descubrimos que lo que sentimos no es solo nuestro, es universal». El acceso a la cultura que implica la literatura nos ayuda a «reconocer la presencia del Espíritu en la multiforme realidad humana».

La literatura nos habilita para acoger aquello que trasciende las diferencias puntuales y se convierte en el hilo rojo que conecta a todas las personas, sin distinción de época o lugar. Las obras literarias delatan cómo las mismas inquietudes, búsquedas, miedos y esperanzas resultan ser patrimonio compartido de la humanidad, y de modo especial de quienes seguimos a Jesucristo. Estas consideraciones adquieren aún más densidad cuando se refiere a la Biblia.

La cultura de un grupo humano se construye a través del recuerdo colectivo y del modo en que este se evoca y se actualiza en la memoria compartida. Estos conceptos resultan esenciales en la Escritura, pues en sus páginas se condensan tradiciones que constituyen relatos de identidad. La Biblia no deja de ser un tejido de narraciones que nacen de las entrañas de un pueblo creyente. A esto hay que añadir la incontestable influencia que tiene la Biblia en la cultura occidental y, por ello, en la literatura de todos los tiempos.

La Escritura está sembrada de relatos imperecederos, imáge-

nes atrayentes y arquetipos literarios. Todos ellos son capaces de expresar de manera especialmente elocuente las eternas cuestiones que atraviesan la humanidad.

Rescatar del olvido el carácter literario de la Biblia nos permite contactar de manera nueva con esas inquietudes que todos compartimos. A la adquisición de empatía y sensibilidad, de la que ya hablaba el Pontífice respecto a la literatura, se le añade la capacidad para reconocer en los relatos bíblicos la expresión de esas cuestiones imperecederas que acompañan a la humanidad a lo largo de los siglos. Será entonces cuando caigamos en la cuenta de la injusticia que cometemos cuando tratamos los mitos bíblicos como si fueran historias infantiles y de cuánto de nuestra verdad más profunda se expresa en esos textos y personajes.

La Biblia también nos abre a mirar esa misma realidad desde los ojos de Quien se revela en ella. Esta percepción de la literatura como «ver a través de unos ojos ajenos» camina de la mano con otra forma de comprenderla que Francisco también plantea en su carta cuando afirma que la literatura es «escuchar la voz de alguien». Escuchar a otra persona es mucho más que oír. Implica desprotegerse para acoger las palabras de otro y dejar que nos interpielen.

Si leer cualquier obra literaria implica escuchar a otro, dejarnos interpelar y, de algún modo, ejercer el discernimiento, tal y como sugiere Francisco, cuánto más si la voz que reconocemos es la de Otro en su Palabra. La primera actitud creyente, en cuanto orden y prioridad, es disponernos a escuchar al Dios que habla en la vida, en los demás y, de manera muy especial, en su Palabra. Todo ello exige una disposición a tomar distancia de sí mismo, prestar atención al Otro y dejarse interpelar por Él.

Esa «carne» de palabras humanas a través de las que nos llega la Palabra divina nos exige una tarea de interpretación que no siempre es fácil. Haber relegado la dimensión literaria de la Biblia hace fuerte la tentación de una lectura fundamentalista. En cambio, recuperar este aspecto nos exige asumir el reto de buscar y discernir el sentido de los textos bíblicos en la línea del mismo Espíritu que los inspiró.

Tener en cuenta la «carne» literaria que asume la Palabra de

Dios implica reconocer que los modos en que se expresa también forman parte del mensaje.

La interpretación, con la tarea de discernimiento que implica, es siempre exigente para el lector, pues es «una especie de apropiación del lector en la que recibe la “carne” del autor y la rumia, en ese doble movimiento de transformarse en lo que come y de que lo que come se transforme en parte de él».

La necesidad de recuperar la condición literaria de la Biblia

La dimensión literaria constituye la esencia de la tradición judeo-cristiana y reivindicarla ostenta evidentes consecuencias existenciales y pastorales. Si la literatura nos hace más sensibles a la plena humanidad de Jesucristo, que está tejida de relatos concretos, la Biblia, percibida como literatura y comprendida como tal, nos acerca a la condición humana, a las historias, rostros e inquietudes que nos unen a todos los seres humanos. Eso condiciona de forma notoria nuestra manera de relacionarnos con la realidad, con los demás y con nosotros mismos, lo que potencia el crecimiento humano y cristiano de todo bautizado.

Rescatar la «carne» literaria de la Palabra conlleva atrevernos a acercarnos a Ella como si fuera la primera vez, sin prejuicios ni ideas previas, dispuestos a escuchar y a dejarnos sorprender por Ella, mientras evitamos despojarla de su contexto literario.

Si esta primera actitud es honesta, también lo será la búsqueda de herramientas que nos permitan superar los obstáculos que pueden suponer las formas de expresión, la diferencia cultural o los géneros literarios. De esta manera también podremos descubrirnos a nosotros mismos siendo narrados en sus relatos, dibujados en sus personajes y descritos en sus historias.

Condensó: Manu Andueza